

nalidades; así es que la disciplina, que los generales habían logrado mantener hasta entonces, no tardó en relajarse completamente. Privados de pan, de vino y hasta de bizcocho, los soldados abandonaban el campo por pelotones y por compañías, para ir á buscar á lo léjos una subsistencia insegura, en cuyas arriesgadas escursiones ejercían sin escrúpulo, contra las poblaciones portuguesas, toda clase de vejaciones. Nunca ofreció la guerra un cuadro mas miserable y mas desconsolador. No era ya una retirada, sino una completa derrota lo que habria sufrido nuestro ejército, si Wellington hubiese tenido mas atrevimiento, y Ney menos energía.

En este apuro, los soldados franceses, creyéndose abandonados por la Francia, pensaban mucho menos en vencer que en subsistir, cuando les reanimó la llegada de Drouet de Erlon y de Claparede, el cual obtuvo en el Norte algunas ventajas importantes. ¡Efímera alegría! La escasez de los refuerzos que acababan de recibir, y las malas noticias que llegaban de España, les sumieron de nuevo en la desesperacion; y era esta tanto mas profunda, en cuanto habían creído divisar el término de sus sufrimientos.

Massena, despues de cinco meses de inaccion, emprende su retirada; sus desastres.

Este general desaliento domó por fin hasta el alma de Massena y despues de luchar cinco meses contra los enemigos, contra la indisciplina y contra el hambre, y todo por no abandonar el país cuya conquista le confiara el emperador, renunció súbitamente á permanecer en él, y quemando él mismo todos los puentes que en el Tajo habia construido, á fin de ir á acampar en los fértiles campos del Alentejo y entrar en comunicaciones con el ejército que Soult mandaba en Extremadura, se dispuso á evacuar el Portugal. Resolucion funesta que empañó la gloria del gran capitán, exaltó las esperanzas de la Península, y devolvió á los ingleses su libertad de accion. Poco faltó entonces para que atravesando Massena las provincias del Norte, en vez de dirigirse á Badajoz donde habria podido reunirse con Soult, perdiese los soldados que le quedaban. Ney salvó al ejército en Re-

dinha y en la Condeixa, al frente de la retaguardia cuyo mando se le habia confiado.

Para colmo de desgracia surgieron varias cuestiones entre Ney y Massena, y el mando que ejercía el duque de Elchingen, fué trasferido á un general experimentado, pero menos querido. Desde entonces la retirada fué una completa derrota, y Massena llegó con trabajo á la frontera de Portugal, que pasó en 8 de abril de 1811 con direccion á Salamanca, retrocediendo luego para arrancar de manos de Wellington, la plaza de Almeida cuyo sitio habia este emprendido. Almeida sucumbió, sufriendo antes Massena una derrota decisiva en Fuentes de Onoro (5 de mayo); consternado al ver tan grandes desastres, Massena se apresuró á dejar el funesto teatro de la guerra, y el mariscal duque de Ragusa se encargó de reunir los restos de su ejército.

Así, pues, Francia habia emprendido por tres veces la sumision de Portugal, y por tres veces inutilmente, á pesar de la indisputable superioridad de sus soldados, y de la justa reputacion de sus generales. Esto, además de las funestas rivalidades que muy amenudo paralizaron sus fuerzas, debe atribuirse á haberse encontrado con los ingleses, cuyos buques no cesaban de llevar nuevos refuerzos á Portugal, y mas que todo, al heroismo de unos pueblos que, ayudados por la naturaleza de su país, combatían contra ella á nombre de su religion y de su libertad, al paso que la Francia les atacaba solo por ambicion personal y por sistema político.

Los portugueses sostienen á la España contra la Francia; llegan hasta Tolosa.

Desde que el vencido Massena evacuó el Portugal, Napoleon no trató ya de conquistarlo, toda vez que en él la gloria de las armas francesas habia peligrado tres veces, y concentró todas sus fuerzas contra la España. La sumision de aquel vasto reino, ¿no acarrearía la de la Península entera? Pero los portugueses, cuyo orgullo se habia exaltado con tan repetidos triunfos, se atrevieron á su vez á atacar al imperio, y sea deseo de venganza, sea que comprendiesen que la independencia de España era la mejor garantía de su propia libertad, asistieron á la mayor parte de las batallas que los españoles dieron á los generales de Napo-

leon. Antes enemigos, los portugueses y los españoles fraternizaban ahora inspirados por un odio comun.

No estaba léjos el día en que los implacables enemigos de la Francia habian de ver saciado su odio.

Quebrantada en España la fortuna de Napoleon, fué á perderse en los desiertos de Rusia, y mientras Alemania aprovechaba aquel desastre para romper los lazos que la unian con el imperio, el triunfo de Vitoria restauró el trono de Fernando VII. No bastaron aun tantas humillaciones, y á poco se reunieron en el suelo francés todos los ejércitos de Europa; despues de haber conquistado todas las capitales, Napoleon se habia reducido á temblar por la suya.

Entre las naciones que se arrojaron sobre el grande imperio, encontramos á los portugueses. La Francia no habia podido someterles, y ellos tuvieron por el contrario la satisfaccion de hollar impunemente nuestro territorio; sus batallones, mezclados con los de España é Inglaterra, se avanzaron hasta Bayona, hasta Tolosa! Los portugueses y los españoles se mostraron generosos en el goce de su inesperada fortuna, y no causaron á los departamentos invadidos ninguno de los sufrimientos que ellos mismos habian sufrido.

Despues de tantos servicios prestados á la causa de la independencia europea, Portugal merecia gran parte de los despojos del Imperio, y sin embargo, nada obtuvo! En vano Juan VI envió al congreso de Viena á varios diplomáticos distinguidos, llevando á su frente al conde de Palmella: las grandes potencias pensaban mucho en sí mismas para atender á las reclamaciones de Juan VI. Su nombre no figuró en la larga lista de los soberanos aliados á quienes la Francia prometia una indemnizacion de setecientos millones, y ni siquiera pudo recobrar la plaza de Olivenza, que el conde de Labrador, ministro de Fernando VII, supo conservar á la España, mientras que la Inglaterra le obligó por su parte á destruir la marina que aun le quedaba, con la promesa de no autorizar mas el comercio de esclavos en el Norte de la línea. Este fué el galardón que Portugal recibió de la Europa por tantos padecimientos y tanta gloria, mientras que el Austria y la Prusia casi doblaban su territorio; mientras que la Rusia se enseñoreaba otra vez de la Polonia, sometia la Finlandia y ex-

tendia su influencia á los principados Danubianos; mientras que la Gran Bretaña se arrogaba el imperio de los mares, Portugal sufría el castigo de su debilidad.

Nace en Portugal el espíritu liberal.

No debemos empero creer que aquella gran lucha, las tres invasiones, y tantos padecimientos fuesen estériles para el Portugal, ni que solo ganase el país una gloriosa independencia. En Portugal sucedió lo mismo que en Alemania y en Italia, lo mismo que en todos los países en donde penetraron los ejércitos franceses, los cuales al retirarse dejaban en pos de sí sus nuevas ideas, como una huella indeleble de su paso. Europa triunfó de nosotros, menos de lo que creyó, pues al sacudir nuestro yugo, no pudo librarse del ascendiente de nuestra civilizacion y de las ideas de progreso de que nuestros soldados eran apóstoles, sin sospecharlo. Las conquistas materiales no duraron; la conquista moral se sostuvo. «Por do quiera que ha pasado mi dominacion, dice Napoleon, ha dejado benéficas huellas.»

¿Cómo no habian de germinar en Portugal las ideas de emancipacion política y moral, durante la larga permanencia de los franceses, al lado de la España ya liberal, frente á frente de los príncipes que refugiados en el Brasil no sabian sino de oidas los sufrimientos á que por ellos se esponian sus pueblos? Desde entonces un gran número de jóvenes soñaron para su país un gobierno mas digno de su gloria y de su siglo. Bajo la administracion de Junot se habia tratado ya de una constitucion regular; pero la masa de la nacion que no entendia semejantes teorías, solo se levantó contra el extrangero á nombre de la religion y de la patria, al paso que las libertades políticas le inspiraban una suprema indiferencia.

Juan VI no quiere volver; lord Beresford reina en Lisboa.

¿Qué sucedió en seguida? Portugal no obtuvo reforma alguna, y todo volvió á su antiguo curso, siendo lo mas deplorable que el regente se negase á abandonar el Brasil, en donde residia hacia ocho años. En vano el congreso de Viena, que restauraba el trono de los Braganzas, se esforzó en vencer esta funesta resolucion: Juan VI se obstinó, y no tardó en dar á sus estados el nuevo nombre

de Reino unido de Portugal, del Brasil y de los Algarbes. (16 de diciembre de 1815), reduciendo así el Portugal á la condicion de provincia, y arruinándole tambien proclamando la próxima independencia del Brasil. ¿Qué le importaba á Juan VI? Preferia la residencia de Rio Janeiro á la de Lisboa, y no se conceptuaba obligado á ningun reconocimiento para con los pueblos que tan fielmente defendieran su corona.

La ausencia del regente puso á Portugal en manos de la Inglaterra. Lord Beresford, que habia tenido el honor de reconstituir su ejército y de luchar valerosamente contra los franceses, dominó en el país con el título de mariscal, y aunque debia á Portugal todas las dignidades de que estaba revestido, solo fué en beneficio de su nacion. Aquel desgraciado reino se habia librado del poder de los franceses para convertirse en colonia inglesa, y si sus soberanos legítimos lo abandonaban, si su debilidad lo condenaba á ser presa de unos ó de otros, y si todo el heroismo de que habia dado pruebas solo le servia para tener un dueño en vez de otro, ¿no hubiera valido mas el protectorado de la Francia que la ruinoso supremacia de la Inglaterra? ¡Cuántos portugueses se arrepentirian entonces de haber seguido las inspiraciones de un ciego entusiasmo, cuyos frutos eran todos para el extranjero, y al que el gabinete de San James solo habia dado pábulo para desembarazarse de una peligrosa competencia!

Tal era el estado de las cosas y de los ánimos, cuando por muerte de la reina María (16 de marzo de 1816), heredó su reino el regente con el nombre de Juan VI.

CAPÍTULO XXV.

Reinado de Juan VI (1816-1826).

MAL GOBIERNO DE JUAN VI EN EL BRASIL.—INSURRECCION DE 1820 EN PORTUGAL.—INSURRECCION DEL BRASIL; JUAN VI CEDE, Y LUEGO REVOKA SUS PROMESAS; DON PEDRO REGENTE DEL BRASIL.—JUAN VI JURA LA CONSTITUCION PORTUGUESA; INTERVENCION DE LA EUROPA EN LA PENÍNSULA.—LAS CORTES IRRITAN AL BRASIL, EL CUAL SE ERIGE EN IMPERIO Y PROCLAMA Á DON PEDRO (1822).—REACCION DE LOS ABSOLUTISTAS BAJO LA DIRECCION DE DON MIGUEL (1824).—EL ESPÍRITU LIBERAL SE REANIMA; USURPACION Y DESTIERRO DE DON MIGUEL.—EL ABSOLUTISMO SE SOSTIENE; SE RECONOCE LA INDEPENDENCIA DEL BRASIL (1825).

Mal gobierno de Juan VI en el Brasil.

Durante los ocho años de su destierro, el nuevo rey habia mos-

trado claramente lo que debia esperarse de su gobierno, si bien habia hallado en el Brasil materia para buenas reformas y fáciles beneficios: un inmenso territorio mal dividido y mal defendido, fortificaciones arruinadas, una marina casi nula, la seguridad comprometida, la agricultura en decadencia, las minas ya infecundas, el comercio abrumado por monopolios tiránicos, por el contrabando ó por la importacion extranjera, y para remediar todos estos males, los recursos mas prodigiosos de la naturaleza. ¿Cuál fué, por el contrario, el inevitable resultado de las medidas que dictó D. Juan VI? No solamente privar al Portugal de los beneficios, á veces injustos, de una supremacia secular, sino sacrificar al mismo tiempo á los plantadores y comerciantes brasileños á la concurrencia exterior, con la apertura repentina de todos los puertos á los productos extranjeros. Inútil es decir que los mejores frutos de esta libertad comercial fueron para la Inglaterra, en recompensa de los grandes servicios que no cesaba de prestar en Europa á la casa de Braganza, y mientras todas las procedencias del extranjero estaban sujetas á un derecho de 24 por 100, y las de Portugal de 16, el gabinete de San James obtuvo que la mayor parte de las que viniesen de Inglaterra pagasen el 15 por 100, no tardando esta importante diferencia en convertir al Brasil en una colonia inglesa. Algunos años despues de esta funesta concesion, casi todas las casas de comercio brasileñas hubieron de cesar en sus negocios, y hasta el banco se declaró en quiebra.

Lo mismo sucedió en todos los esfuerzos que hizo entonces el gobierno para la civilizacion del Brasil. En efecto, si tuvo razon en abolir la odiosa obligacion en que antes estaban las familias brasileñas de enviar á sus hijos á la universidad de Coimbra, ¿no era insensato instituir una academia para la cual no ofrecia el país elemento alguno? Lo que faltaba á aquellos pueblos, aun semi-salvajes, á aquellos plantadores groseros, á aquellos feroces mineros, eran, no las pomposas creaciones de la ciencia europea, convenientes tan solo á ciertos países y á algunos hombres, sino modestas escuelas, en donde sus hijos hubieran aprendido el valor de la civilizacion, recibiendo nociones de lectura, escritura y aritmética. Tal institucion, menos lisonjera, es verdad, para la vanidad del fundador, habria sido útil en vez de ser una dispendiosa parodia.